

Samos. Corto número de romanos abordó por la noche á un puerto abandonado de la costa de Samos, y las otras naves, después de una noche de tormenta en alta mar, vinieron á fondear en el mismo puerto. Entrándose allí por los campesinos de que la flota real se encontraba al ancla delante de la isla de Etalia, celebróse un consejo para decir si se combatiría en el acto ó si se esperaría á la flota rodiana. Optando por esperar, regresaron á Coryco. Polixenidas, por su parte, después de aquella inútil estación, regresó á Efeso, y quedando entonces libre el mar, las naves romanas pasaron á Samos, donde se les reunió pocos días después la flota rodiana. Para demostrar que solamente esperaban aquel refuerzo, inmediatamente partieron para Éfeso, con objeto de trabar combate ú obligar al enemigo, en caso de rehusarlo, á confesar su debilidad; confesión que debía impresionar mucho al ánimo de los aliados. Ordenáronse en batalla á la entrada del puerto; pero viendo que no salía nadie, se dividieron en dos grupos, permaneciendo una parte anclada en la boca del puerto y marchando la otra á desembarcar sus soldados. Aquellas tropas talaron toda la campiña, y ya regresaban cargadas con inmenso botín, cuando el macedonio Andrónico, que mandaba la guarnición de Éfeso, hizo una salida en el momento en que se acercaban á la ciudad, les arrebató considerable parte del botín y les obligó á volver al mar y á embarcarse. A la mañana siguiente, después de preparar una emboscada en medio del camino, los romanos se pusieron en marcha para la ciudad, con objeto de atraer á Andrónico fuera de las murallas; pero sospechando el lazo, nadie se atrevió á salir y los romanos regresaron á sus naves. Viendo entonces que el enemigo rehusaba el combate por mar y tierra, se dirigieron á Samos, de donde habían partido. Desde allí envió el pretor dos triremes de los aliados de Italia y dos

de los rodios, á las órdenes del rodio Epycrates, para que guardasen el estrecho de Cefalonia, porque aquellos parajes estaban infestados por las piraterías del lacedemonio Hybristas, que, al frente de la juventud cefalonia, interceptaba los convoyes de Italia.

Epycrates encontró en el Pireo á L. Emilio Regilo, que acababa de tomar el mando de la flota. A la noticia de la derrota de los rodios, no teniendo consigo más que dos quinqueremes, llevó al Asia á Epycrates y sus cuatro naves, acompañándole también naves atenienses descubiertas. Atravesó el mar Egeo y abordó á Chio. El rodio Timasicrato partió de Samos con dos cuadrirremes y llegó también á aquella isla durante la noche. Llevado delante de Emilio, declaró que le habían enviado para defender aquella costa contra las naves del rey, que salían frecuentemente de los puertos del Helesponto y de Abydos é interceptaban los convoyes. Al pasar Emilio de Asia á Samos, encontró dos cuadrirremes de Rodas, que enviaba Livio, y al rey Eumeno con dos quinqueremes. En cuanto llegó á Samos, recibió de Livio la flota, ofreció según costumbre un sacrificio y celebró consejo. Preguntóse primeramente á C. Livio, quien dijo «que nadie podía aconsejar con más sinceridad á otro que el que decía lo que haría en su lugar. Su proyecto era ganar Éfeso con toda la flota, llevar naves de transporte cargadas de arena y echarlas á pique á la entrada del puerto. Esta barrera podía elevarse con tanta mayor facilidad, cuanto que aquella entrada era, como la desembocadura de un río, larga, estrecha y poco profunda. De esta manera impedía al enemigo salir al mar é inutilizaba sus naves.»

No agradó á nadie el proyecto; y Eumeno preguntó: «¿qué harían después de cerrar el puerto por aquel medio? ¿se alejarían con la flota que ya quedaba libre, para socorrer á los aliados y espantar al enemigo, ó que-

daría toda ella bloqueando el puerto? Si se alejaba, no podía dudarse que el enemigo conseguiría sacar las naves sumergidas y limpiar el puerto con mayor facilidad aún que la que tendrían para cegarle. Si por el contrario, á pesar de todo era necesario permanecer allí, ¿á qué cegar el puerto? El enemigo, resguardado de todo peligro, en una rada segura y en el seno de una ciudad opulenta, recibiría del Asia todo lo que necesitase, pasaría el verano descansando, y los romanos entretanto se encontrarían en plena mar, á merced de las olas y las tempestades, privados de todo y obligados á continua vigilancia; esto sería atarse ellos mismos las manos y reducirse á la impotencia en vez de bloquear al enemigo.» Edamo, prefecto de la flota rodiana, se opuso también al proyecto, pero no propuso ninguno por su propia cuenta. El rodio Epycrates aconsejó «que se abandonase por el momento á Éfeso y que se enviase parte de las naves á Lycia para apoderarse de Patara, capital de aquel país; esta expedición tendría resultados muy importantes: uno de ellos sería permitir á los rodios, por la pacificación de las comarcas inmediatas á su isla, reconcentrar todas sus fuerzas en una sola guerra, la de Antioco; otro, bloquear la flota que se equipaba en Lycia é impedir que se reuniese con Polixenidas.» Este partido pareció más prudente. Decidióse, sin embargo, que Regilo se presentaría con toda la flota delante de Éfeso para infundir terror al enemigo.

Envióse á C. Livio á la Lycia con dos quinqueremes romanas, cuatro cuadriremes de Rodas y dos naves descubiertas de Smirna, con orden de pasar primeramente á Rodas y concertar todas sus operaciones con los rodios. Las ciudades que se encontraban en el camino, Mileto, Mynda, Halicarnaso, Cnido, Coos, obedecieron con igual apresuramiento las instrucciones que se les comunicaron. Cuando llegó á Rodas, Livio dió á

conocer el objeto de su misión y pidió consejo, aprobándose sus planes por unanimidad, y añadiendo entonces á su flota tres cuadriremes, se dirigió á Patara. Al principio viento favorable le impulsó hacia aquella ciudad y se lisonjeó con que, en el primer momento de alarma, estallaría alguna sublevación. Pero el viento cambió muy pronto y dos corrientes opuestas agitaron el mar; sin embargo, á fuerza de remos consiguieron ganar la costa; pero no había en las inmediaciones ninguna rada segura donde poder fondear delante de un puerto enemigo, con mar embravecida y acercándose la noche. Costeó, pues, las fortificaciones de la ciudad y ganó el puerto de Fenicunta, que distaba unas dos millas y que podía ofrecer á la flota abrigo contra el furor de las olas; pero dominan á este puerto altos peñascos, de los que acudieron en seguida á apoderarse los habitantes secundados por los soldados de la guarnición real. Livio, no obstante la desventaja de la posición y las dificultades del terreno, mandó avanzar contra ellos á los auxiliares hiseenos y las tropas ligeras de Smirna. Aquellas fuerzas sostuvieron bastante bien el combate, mientras pelearon con venablos, y el corto número de enemigos convertía la pelea en escaramuza; pero cuando aquéllos salieron en masa y los habitantes se precipitaron fuera de las murallas, temió Livio quedasen envueltos sus auxiliares y que quedasen también expuestas sus naves por el lado de tierra. En seguida, armando apresuradamente sus soldados, tripulaciones y remeros, los llevó al combate. No por eso fué menos dudosa la lucha, pereciendo, además de muchos soldados, L. Apustio. Sin embargo, al fin quedaron vencidos los licios, arrollados y empujados á la ciudad. Cara había costado á los romanos la victoria; embarcáronse y se dirigieron al golfo de Telmisso, que toca por un lado la Lycia y por otro la Caria, y, renunciando á

toda tentativa sobre Patara, despidieron á los rodios para su país. Livio siguió la costa de Asia y pasó á Grecia para conferenciar con los Escipiones, que se encontraban en la proximidad de Tesalia, y regresar en seguida á Italia.

Al enterarse de que Livio había renunciado á la expedición de Lycia y partido para Italia, Emilio, á quien la tempestad había rechazado de Éfeso y obligado á regresar á Samos sin conseguir nada, creyó deshonoroso para sus armas haber fracasado contra Patara, por lo que salió con toda su flota para atacar vigorosamente la plaza. Pasó por Mileto y toda la costa de los aliados y tomó tierra en Yaso, en el golfo de Bargilias. La ciudad tenía guarnición real; los romanos talaron el territorio circunvecino. Emilio hizo sondear en seguida, por medio de emisarios, las disposiciones de los magistrados y ciudadanos principales, quienes le contestaron que no eran dueños de la ciudad, por lo cual se decidió el asalto. En el ejército romano había desterrado de Yaso, que marcharon juntos á rogar á los rodios: «que no dejaran sucumbir una ciudad vecina de su patria, que les estaba unida por los lazos de la sangre y que no había merecido su suerte. Decían que la única causa de su destierro era su fidelidad á los romanos. Los soldados del rey, que les habían expulsado, dominaban también por el terror á sus compatriotas, que habían quedado en la ciudad. Todos los habitantes de Yaso deseaban sustraerse al dominio del rey.» Impresionados los rodios por las súplicas y secundándoles Eumeno, á fuerza de repetir que les unían lazos de sangre con los sitiados y de deplorar la desgracia de la ciudad encadenada por la guarnición real, consiguieron hacer levantar el sitio. Alejóse, pues, Emilio, y siguiendo la costa de Asia, donde no encontró enemigos, llegó á Lorima, puerto situado enfrente de Rodas. Allí dió su con-

ducta lugar á murmuraciones que desde la tienda de los tribunos llegaron muy pronto á los oídos del pretor. Censurábanle alejar sus soldados de Éfeso y atender poco á una guerra que se le había confiado, dejando á su espalda enemigos en libertad de obrar impunemente contra tantas ciudades aliadas que tenían á su alcance. Estas quejas impresionaron á Emilio, que llamó á los rodios, se informó de ellos si el puerto de Patara podía albergar toda la flota, y ante su contestación negativa, que le ofrecía pretexto para abandonar la empresa, llevó sus naves á Samos.

Por este mismo tiempo, el hijo de Antioco, Seleuco, que durante el invierno había mantenido su ejército en Eolida, en tanto ayudando á sus aliados, en tanto devastando las comarcas que no podía atraerse, decidió entrar por tierras de Eumeno, ocupado lejos de sus estados en amenazar las costas de la Lycia con los romanos y los rodios. Primeramente avanzó contra Elea con las enseñas altas; en seguida, sin detenerse en el sitio de la ciudad, contentándose con devastar su territorio, marchó hacia Pérgamo, capital del reino y residencia de Eumeno. En el acto se situó Atalo delante de la plaza, y, con excursiones de caballería y tropas ligeras, hostigó más bien que combatió al enemigo. Pero habiendo adquirido en muchas escaramuzas el convencimiento de su inferioridad, se encerró en las murallas y fué sitiado. Por el mismo tiempo, Antioco, que había partido de Apamea, marchó á acampar primeramente en Sardas, cerca de Seleuco y de la fuente de Caico con numeroso ejército, formado de gentes de diferentes pueblos. Su fuerza principal consistía en un cuerpo de cuatro mil galos que había tomado á sueldo, y á éstos envió con corto destacamento á que devastasen en todas direcciones el territorio de Pérgamo. En cuanto llegaron á Samos estas noticias, Eumeno, á quien aquellas

hostilidades llamaban á la defensa de sus estados, se dirigió con su flota á Elea, donde encontró caballería é infantería ligera, y tranquilizado por su presencia, se dirigió á Pérgamo antes de que el enemigo se previniese y pusiese en movimiento; entonces comenzaron otra vez las escaramuzas, evitando cuidadosamente Eumeno todo combate decisivo. Pocos días después las flotas reunidas de los romanos y los rodios llegaron de Samos á Elea para socorrer al rey. Al enterarse de su desembarco en Elea y la reunión de tantas naves en el mismo puerto. Antioco, que recibió al mismo tiempo la noticia de la entrada del cónsul con su ejército en Macedonia y de sus preparativos para atravesar el Helesponto, no creyó deber esperar á que le estrechasen por tierra y por mar, para entablar negociaciones encaminadas á la paz; apoderóse de una altura enfrente de Elea, donde acampó, dejó allí toda su infantería, y, al frente de la caballería, que constaba de cerca de seis mil hombres, descendió á la llanura al pie mismo de las murallas de la plaza y envió á decir á Emilio que quería tratar de la paz.

Emilio llamó á Eumeno de Pérgamo, hizo lo mismo con los rodios y celebró consejo. Los rodios se inclinaban á la paz; Eumeno sostenía que «en las circunstancias en que se encontraban, ni era honroso tratar, ni posible acordar nada. Encerrados como estamos en nuestras murallas y casi sitiados ¿podemos recibir honrosamente las condiciones de paz? ¿Qué efecto tendrá un tratado concluído sin consentimiento del cónsul, sin autorización del Senado, sin orden del pueblo romano? Tendréis que permanecer en Asia, que llevar vuestras tropas á cuarteles de invierno, interrumpir la campaña, extenuar á los aliados con el aprovisionamiento del ejército; después, si tal disponen los que son árbitros, comenzar otra vez la guerra con nuevos gastos; mien-

tras que no suspendiéndola, con el auxilio de los dioses, podemos terminarla antes del invierno.» Prevaleciendo esta opinión, contestaron á Antioco que no podía tratarse de la paz antes de la llegada del cónsul. Viendo Antioco rechazadas sus proposiciones, taló los territorios de Elea y de Pérgamo, dejó allí á su hijo Seleuco, cruzó la comarca de Adramitea, realizando iguales estragos, y entró en las ricas comarcas de Tebas, celebradas en los versos de Homero. En ninguna parte de Asia recogieron tan rico botín las tropas reales. Pero Emilio y Eumeno acudieron en socorro de la plaza, habiendo seguido las costas de Adramitea.

Casi por los mismos días hizo la casualidad que un cuerpo de mil infantes y cien caballos á las órdenes de Diófanes viniese de Acaya á abordar á Elea. Al desembarcar, les recibieron los enviados de Atalo, que les llevaron durante la noche á Pérgamo. Eran todos veteranos y excelentes soldados, su jefe era discípulo de Filopemeno, el mejor general de la Grecia en aquel tiempo. Diófanes dió dos días de descanso á sus tropas y caballos, reconociendo entretanto los puestos enemigos y enterándose del punto y hora en que se presentaba y retiraba. Los soldados del rey avanzaban hasta el pie de la colina en que está situada la ciudad, teniendo por consiguiente libertad completa para extender sus devastaciones por la espalda, porque nadie salía de la ciudad, ni siquiera para lanzar algunos venablos sobre los puestos avanzados. En cuanto los aterrados habitantes se encerraron dentro de las murallas, los enemigos les despreciaron, y el desprecio produjo en seguida la negligencia. Casi nunca estaban los caballos ensillados y embridados, y apenas quedaban algunos soldados sobre las armas y en sus puestos; otros se dispersaban aquí y allá en los campos, entregándose á juegos y diversiones propias de jóvenes, ó comiendo á la sombra

de los árboles y hasta acostándose para dormir. Observando Diófanos este desorden desde las murallas de Pérgamo, mandó á los suyos que tomasen las armas y estuviesen dispuestos para ejecutar sus órdenes, marchando á ver á Atalo y diciéndole que quería hacer una tentativa sobre los puestos enemigos. Con dificultad consintió en ello Atalo, viendo que cien caballos tendrían que luchar con trescientos, y mil infantes con cuatro mil. Salió, pues, Diófanos, se detuvo cerca de los puestos enemigos y esperó ocasión propicia. Los de Pérgamo antes consideraban locura que audacia aquella salida; y en cuanto á los sitiadores, después de haber hecho algunos movimientos contra aquella fuerza, cuando la vieron inmóvil, no solamente no abandonaron su acostumbrada negligencia, sino que hasta comenzaron á burlarse de aquel puñado de enemigos. Diófanos mantuvo por algún tiempo sus fuerzas en el mismo sitio, como si solamente las hubiese sacado por curiosidad; pero en cuanto vió desbandados á los sirios, mandó á su infantería que le siguiese con toda la rapidez posible, y colocándose á la cabeza de su turma de caballería, lanzóse á toda brida sobre los puestos enemigos y les atacó bruscamente en medio de los gritos que lanzaban á la vez infantes y jinetes. El terror se apoderó, no solamente de los hombres, sino también de los caballos, que, rompiendo los ronzales, produjeron desorden y confusión en las filas. Pocos resistían y no podían ensillarlos, embridarlos ni montarlos: tan profundo terror causaba aquel corto número de aqueos. Al mismo tiempo avanzó en buen orden la infantería y cayó sobre los enemigos negligentemente tendidos aquí y allá ó medio dormidos, mató muchísimos y puso á los demás en derrota. Diófanos les persiguió tan lejos como pudo sin peligro y regresó á la ciudad después de cubrir de gloria el nombre aqueo ante los habitantes; que

todos, hombres y mujeres, habían contemplado el combate desde las murallas.

A la mañana siguiente volvieron las tropas del rey á situarse á más de quinientos pasos de la ciudad, pero con más prudencia. En el mismo momento avanzaron los aqueos hacia ellas hasta el mismo sitio. Durante algunas horas estuvieron preparados por una y otra parte para un ataque que consideraban inminente; y al ponerse el sol, en el momento de regresar al campamento, las tropas del rey, levantando las enseñas, se pusieron en marcha, en forma de retirada más bien que en orden de batalla. Diófanos se mantuvo quieto mientras el enemigo estuvo á la vista; y en seguida, lo mismo que la víspera, atacó vigorosamente la retaguardia, produciendo otra vez tal espanto y confusión, que, á pesar del peligro que amenazaba por la espalda, nadie volvió caras para combatir. Los sirios fueron rechazados á su campamento en confusión y en medio del mayor desorden. La audacia de los aqueos obligó á Seleuco á salir del territorio de Pérgamo; y Antioco, habiendo sabido que los romanos y Eumeno habían acudido en socorro de Adramitea, renunció al sitio de la ciudad y taló los campos. Apoderóse de Perea, colonia de Mitilena; tomó á Cotón, Corileno, Afrodicia y Crena, y regresó á Sarda por Thiatira. Habiendo quedado Seleuco en la costa, mantenía en respeto algunas ciudades y cubría otras. Los romanos, escoltados por Eumeno y los rodios, marcharon primeramente á Mitilena, después regresaron á Elea, de donde habían partido. En seguida hicieron vela hacia Focea, abordaron á la isla de Baquio, que domina la ciudad, y después de destruir los templos y las estatuas, que antes habían respetado (la isla estaba admirablemente adornada), se presentaron delante de la ciudad. Distribuyéronse los puntos de ataque; pero viendo que sin máquinas, armas y es-

calas no podían apoderarse de ella, y que habían entrado en la ciudad tres mil hombres de socorro, enviados por Antioco, abandonaron el sitio y se retiraron á la isla sin haber hecho otra cosa que devastar las inmediaciones.

Decidióse en seguida que Eumeno regresaría á sus estados, á fin de preparar al cónsul y al ejército todo lo que necesitaban para el paso del Helesponto; que las flotas romana y rodiana marcharían otra vez á Samos y estacionarían allí para impedir á Polixenidas que saliese de Éfeso. El rey regresó, pues, á Elea; los romanos y los rodios á Samos. Allí murió M. Emilio, hermano del pretor, y acababan los rodios de celebrar sus funerales cuando supieron que venía de Siria una flota, por lo que destacaron trece naves y dos quinqueremes, una de Coa y otra de Gnido, para que estacionasen en Rodas. Dos días antes que llegase Eumeno de Samos con la flota, habían partido de Rodas trece naves á las órdenes de Pamfilides, para combatir también la flota siria. Después de reforzarse con otras tres, que guardaban la Caria, marcharon á hacer levantar á las tropas del rey el sitio de Declala y de otros fuertecillos de Pelea. Eudamo recibió en seguida orden de salir al mar; aumentóse su flota con seis naves descubiertas; marchó, y haciendo fuerza de vela, alcanzó cerca de Megasto la flota que se le había adelantado. Desde allí marcharon juntas á Faselis, creyendo conveniente esperar allí al enemigo.

La ciudad de Faselis, situada en los confines de la Licia y la Pamfilia, avanza á lo lejos en el mar, siendo el primer punto que se ve marchando de Cilicia á Rodas, permitiendo descubrir desde muy lejos las naves. Por esta razón especialmente la eligieron como puerto para encontrarse al paso de la flota enemiga. Pero no se tuvo en cuenta la insalubridad de aquellos parajes:

los calores del rigor del verano y las pestilentes emanaciones desarrollaron muchas enfermedades, especialmente entre los remeros. El temor del contagio precipitó la marcha y la flota seguía el golfo de Pamfilia y había llegado á la desembocadura del Eurimedón, cuando se supo desde Aspendes que el enemigo se encontraba en Sida. Los vientos etesios, que por extraordinario soplaban en aquella época, en que reina habitualmente el céfiro, habían retrasado la marcha de los sirios. Los rodios tenían treinta y dos cuadriremes y cuatro triremes. La flota real constaba de treinta y siete naves grandes, de las que tres eran hepteras, cuatro hexeras y además diez triremes. Los sirios descubrieron también al enemigo desde su atalaya; y al amanecer el día siguiente, las dos flotas salieron del puerto como para combatir el mismo día. En cuanto los rodios doblaron el cabo Sida, que avanza mucho en el mar, quedaron á la vista del enemigo y ellos también le vieron. El ala izquierda de la flota real, que se extendía hacia alta mar, la mandaba Anníbal, y la derecha Apolonio, cortesano del rey. Ya estaban en línea las naves; los rodios en columna, teniendo á la cabeza la nave pretoria de Eudamo; á retaguardia estaba Caríditas; Pamfilides ocupaba el centro. Viendo Eudamo formada en batalla la flota enemiga, y dispuesta á entrar en combate, navegó al mar, ordenando á los que le seguían que marchasen de frente conservando la línea. Esta maniobra produjo al pronto alguna confusión, porque no se había alejado bastante para dejar á sus naves espacio para desenvolverse por el lado de tierra y con precipitado movimiento, encontróse con cinco naves solamente delante de Anníbal. Las demás, que tenían orden de formarse en línea, no podían hacerlo. Las de la retaguardia no tenían por la parte de tierra bastante espacio para maniobrar, y, mientras se agitaban en desor-

den, el ala derecha estaba ya combatiendo con Anníbal.

Pero aquella alarma fué momentánea; los rodios tenían buenas naves y eran hábiles marineros; tranquilizáronse, y ganando rápidamente la alta mar parte de sus naves, dejaron á las que venían detrás libertad para ordenarse por el lado de tierra. Acometiendo con sus espolones las naves enemigas, deshacían sus proas, destrozaban sus remos y pasaban rápidamente entre las filas para atacarles por la pópa. Lo que especialmente espantó á los sirios fué sumergirse una heptera al primer choque de una nave rodiana mucho más pequeña. Desde aquel momento ya no fué dudosa la derrota del ala derecha. Por la parte del mar, Anníbal estrechaba á Eudamo, que, superior en otros conceptos, tenía la desventaja del número, y ya iba á verse rodeado, si la señal que dió la nave pretoria no hubiese hecho acudir todas las naves vencedoras del ala derecha. Entonces huyó Anníbal con las suyas, no pudiendo perseguirle los rodianos porque tenían muchos remeros enfermos y no podían soportar por largo tiempo la fatiga. Pero desde la alta mar, donde se habían detenido para tomar alimento y reparar las fuerzas, vió Eudamo que el enemigo remolcaba con naves descubiertas las quebrantadas y rotas; veinte á lo sumo se alejaban sin averías. Al ver aquello, mandó silencio desde su nave, diciendo: «Levantaos y contemplad ese hermoso espectáculo.» Inmediatamente se pusieron en pie todas las tripulaciones, y al ver el desorden y la fuga del enemigo, pidieron á una voz perseguirle. La nave de Eudamo estaba acribillada de golpes, por lo que encargó la persecución á Pamfilides y Caríditas, advirtiéndoles que no se expusieran demasiado. Estos siguieron por algún tiempo á los fugitivos; pero cuando vieron que Anníbal se acercaba á la costa, temiendo que el viento les impulsase á tierra y les entregase al enemigo, regresaron con Euda-

mo, llevando con ellos una nave puesta fuera de combate al primer choque, y que con mucho trabajo remolcaron hasta Farélides. Desde allí regresaron á Rodas, olvidando el regocijo de la victoria para reconvenirse mutuamente por no haber echado á pique cuando podían toda la flota enemiga. Abrumado Anníbal por la derrota, no se atrevía á pasar la costa de Lycia, á pesar de su profundo deseo de reunirse con la antigua flota del rey. Para quitarle hasta la posibilidad de ello, los rodianos enviaron á Caríditas con veinte naves rostradas hacia Patara y el puerto Megisto. Eudamo recibió orden de volver á Samos á reunirse con los romanos con las siete naves más grandes de la flota que había mandado y de emplear toda su elocuencia y favor para decidirles á poner sitio á Patara.

Mucho regocijó á los romanos la noticia de la victoria y poco después la llegada de los rodios, pareciendo que si se les libraba del cuidado de Faselis, ellos mantendrían libre el mar en aquellas regiones. Pero la marcha de Antioco, que salió de Sardas, infundió temor por las ciudades marítimas é impidió á los vencedores que se alejasen de la Jonia y de la Eolia; limitándose por tanto á destacar á Pamfilides con cuatro naves cubiertas hacia la flota que se encontraba delante de Patara. Antioco no solamente obtenía refuerzos de las ciudades situadas á su alcance, sino que había enviado legados á Prusias, rey de Bitinia, con cartas en que hablaba enérgicamente de las miras ambiciosas que habían llevado á los romanos al Asia. «Vienen, decía, á destronar á todos los reyes, para que en todo el mundo no subsista más que un solo imperio, el romano. Filippo y Nabis habían sucumbido ya. Ahora la emprendían con él, á semejanza de vasto incendio, que, después de estallar en un punto, se propagase á todos los inmediatos, y, de unos en otros, lo devorase todo. De

sus estados pasarían á Bitinia, puesto que Eumeno por sí mismo había salido al encuentro de la esclavitud.» Vacilante se encontraba ya Prusias, cuando cartas del cónsul Escipión, y especialmente de su hermano el Africano, destruyeron sus sospechas. Recordábale éste la constante costumbre del pueblo romano de honrar la majestad de los reyes aliados suyos, y citaba ejemplos que le eran personales para invitar á Prusias á que se hiciese digno de su amistad. «Reyezuelos españoles se entregaron á su buena fe, y al dejar la provincia, les dejó reyes. No solamente había repuesto á Masinissa en el trono de sus padres, sino que le dió los estados de Sifax, que anteriormente le había despojado. Masinissa había llegado á ser indudablemente el rey más poderoso de Africa, y hasta en todo el universo no había rey que le igualase en majestad y fuerza. Á Filipo y Nabis, vencidos en guerra por T. Quincio, se les dejó sin embargo en posesión de sus tronos, y el año anterior había conseguido Filipo el perdón del tributo; le habían devuelto su hijo, que entregó en rehenes, y los generales romanos le habían permitido además que recobrase muchas ciudades fuera de la Macedonia. Nabis hubiese conservado también su corona á no ser por la ceguedad y perfidia de los etolios, que le perdieron.» Pero lo que acabó de decidir al rey fué la llegada á su corte de C. Livio, que anteriormente había mandado la flota como pretor. Este legado le hizo ver cuántas más probabilidades de victoria tenían los romanos que Antioco, y cuánto más sagrada y respetable sería su alianza con ellos.

Habiendo perdido Antioco la esperanza de atraerse á Prusias, marchó de Sardas á Éfeso á revistar la flota que desde muchos meses hacía preparar y equipar allí, no porque hasta entonces hubiese conseguido ningún triunfo en el mar, ó porque en aquel momento tuviese

confianza y seguridad en sus fuerzas navales, sino porque se veía en la imposibilidad de hacer frente por tierra al ejército romano y á los dos Escipiones. Sin embargo, ahora tenía algún motivo para esperar; sabía que gran parte de la flota rodiana se encontraba delante de Patras, y que Eumeno, con todas sus naves, había marchado á reunirse con el cónsul en el Helesponto; aumentando sus ilusiones la noticia del desastre que había experimentado la flota rodiana sorprendida por traición cerca de Samos. Completamente entregado á estas ideas, envió á Polixenidas con orden de arriesgar á toda costa un combate naval, mientras marchaba él mismo con sus tropas sobre Nocio, ciudad de Colofonia, que domina el mar, á dos millas próximamente del antiguo Colofón. Su deseo era apoderarse de aquella plaza, que tan inmediata está de Éfeso, que no podía hacer ningún movimiento por tierra ó mar sin que le viesen los colofonios y en el mismo momento lo anunciase á los romanos; no dudaba que, al tener noticia del sitio, acudiría la flota romana en socorro de aquella ciudad aliada; ofreciendo esta circunstancia á Polixenidas ocasión para realizar su intento. Comenzó, pues, los trabajos del sitio, llevó hasta el mar dos líneas de circunvalación, adelantó hasta el pie de las murallas malecones y manteletes, y al abrigo de la tortuga combatió las murallas con el ariete. Aterrados los colofonios, enviaron una legación á Samos, para implorar de L. Emilio su protección y la del pueblo romano. Emilio se impacientaba en Samos por su prolongada inacción, y nada esperaba menos que ver á Polixenidas, á quien había provocado dos veces, venir á presentarle batalla, y considerando como una vergüenza que la flota de Eudamo ayudase al cónsul á pasar sus legiones al Asia, mientras se encontraba él como encadenado delante de Colofón para socorrer quizá inútilmente aquella ciudad

sitiada. El rodio Eudamo, que le detuvo ya en Samos, cuando se disponía á pasar al Helesponto, unió sus ruegos á los de los demás, diciéndoles que era mucho más ventajoso libertar aliados sitiados, vencer por segunda vez una flota vencida ya, y arrebatarse para siempre al enemigo el imperio de los mares, que hacer traición á los aliados, entregar á Antioco toda el Asia, la tierra y los mares, y abandonar su puesto para marchar al Helesponto, donde bastaba la flota de Eumeno.

Habiendo consumido todos sus víveres, los romanos partieron de Samos para acopiar nuevas provisiones, y se prepararon á pasar á la isla de Chio, de la que habían hecho su almacén, porque allí acudían todos los convoyes enviados de Italia. Dieron vuelta alrededor de la ciudad, y habiendo llegado á la parte opuesta de Samos, por el lado del Norte, enfrente de Chio y de Eritrea, encontrábase á punto de hacer la travesía, cuando recibió un mensaje el pretor diciéndole que había llegado considerable cantidad de trigo de Italia á Chio y que el mal tiempo había retenido las naves cargadas de vino. Supo al mismo tiempo que los habitantes de Teos se habían apresurado á aprovisionar la flota real y ofrecido cinco mil ánforas de vino. Al recibir estas noticias, el pretor se separó de su camino y dirigió de pronto su flota sobre Teos, decidido á conseguir de buen grado las provisiones destinadas á los sirios ó á tratar á los habitantes como enemigos. Cuando dirigía su flota hacia tierra, presentáronse unas quince naves á la altura del cabo Mioneso, y creyendo al pronto que pertenecían á la flota del rey, se puso en persecución suya, pero muy pronto se convenció de que eran piratas. Estos habían devastado toda la costa de Chio y regresaban con inmenso botín. Cuando vieron la flota romana, emprendieron la fuga, teniendo la ventaja que les daban sus ligeras naves, construídas para la carrera; además,

se encontraban más cerca de tierra. Así fué, que antes de que la flota pudiese alcanzarles, se refugiaron en Mioneso. Esperando el pretor alcanzarlas en el mismo puerto, continuó persiguiéndolas sin conocer aquellas aguas. Mioneso es un promontorio entre Teos y Samos, elevándose en cono sobre ancha base la colina que lo forma. Por el lado del continente se llega por estrecho sendero; y por el mar, rocas minadas por las aguas cierran la entrada; en algunos puntos estas rocas se adelantan sobre el agua sobresaliendo más que las naves que se encuentran en la rada. El pretor no se atrevió á penetrar allí para no aventurarse á los golpes de los piratas colocados en las alturas, y permaneció un día inactivo, hasta que, al fin, al anochecer se retiró sin haber conseguido nada, llegando al siguiente día á Teos, y fondeando en el puerto Gerestico, situado detrás de la ciudad, desembarcó para talar las cercanías.

Viendo aquella devastación los teyos, enviaron una legación á los romanos con las cintas y velos de los supplicantes. Estos legados quisieron justificar á sus conciudadanos de todo acto y proyecto hostil á los romanos. Pero el pretor les acusó de haber entregado víveres á la flota enemiga, y hasta especificó la calidad del vino ofrecido á Polixenidas. «Si querían, les dijo, aprovisionar de la misma manera la flota romana, retiraría sus soldados de sus campos; si no, les trataría como enemigos.» Al oír esta dura respuesta, los magistrados reunieron al pueblo para decidir lo que había de hacerse. Quiso la casualidad que aquel día Polixenidas, que había partido de Colofón con la flota real, enterándose de que los romanos habían dejado Samos para seguir á los piratas hasta Mioneso y fondeado en el puerto de Gerestico para talar el territorio de Teos, viniese á fondear enfrente de Mioneso, en un puerto oculto de la isla que los navegantes llaman Macrín. Desde allí observó